

Diez años después: ¿es culto el pueblo cubano?

Gloria Llopis Prendes
Psicólogo-pedagoga
Coordinadora del proyecto *Límite Humano*
La Habana, Cuba

En el 2001, el entonces presidente de Cuba, Fidel Castro, en su afán de querer demostrar al mundo que Cuba, a pesar de ser un país del tercer mundo, posee un pueblo culto, expresó: “Hoy luchamos por una Cultura General Integral. En los próximos diez años cuadruplicaremos los conocimientos que hemos adquirido en los pasados 42 años”. Y en esa misma dirección, él y su Consejo de Estado daban por sentado que, en una década, Cuba se convertiría en el país más culto del mundo, es decir: para este 2011, pasado ya los 10 años de aquella premonición, Cuba debería estar por encima de Alemania, Suecia, Japón, Dinamarca o Finlandia en cuanto al grado o nivel cultural de todos sus ciudadanos. El país más culto del mundo se habría desplazado al Caribe y, además de turismo tropical, tendría ya una especie de turismo cultural a través del cual los extranjeros vendrían a intercambiar y a disfrutar de las bondades del conocimiento.

¿Qué entender por pueblo culto?

Creo que cuando el ex presidente cubano se refería a pueblo más culto estaba entendiendo y haciéndonos entender el aumento exponencial de los conocimientos, generalización a todos los niveles y capas sociales, integralidad de todos los saberes (de modo que una misma persona domine diferentes tipos de materias) y profundidad más actualización de ese cono-

cimiento para que los cubanos conozcan los adelantos que se estén produciendo en todo el mundo.

Este cubano culto se visualiza finalmente en un lenguaje común, aceptable y aceptado por la sociedad, que expresan un nivel de comunicación y convivencia decentes y una movilidad cómoda a través de la cultura. Entendiendo que culto es aquella persona que domina la cultura pública y publicitada, esto es: las significaciones simbólicas dominantes que sirven de base crítica a la convivencia social. Este concepto incluye a la cultura en su sentido estético o artístico, viéndola como símbolo y síntoma, y significa culto en el sentido occidental del término. Precisamente porque trabajo en el sistema educacional y conozco un tanto las características del estudiantado y sus padres, del Ministerio de Educación en su conjunto, la sociedad cubana y su gobierno, me dije frente a aquella aseveración: Ver, para creer.

Han transcurrido diez años y en todo ese trayecto he añorado, sinceramente, que se cumpliera la profecía. Sin embargo, ¿cuán lejos está Cuba de esa realidad? Se pudo eliminar el analfabetismo, pero de ahí a un pueblo culto, con cultura general integral, dista largo trecho y eso entraña una tarea muy difícil, que Cuba no está en condiciones de lograr.

Si vamos a hablar de un pueblo culto como un todo, tendríamos que analizar cómo funciona cada una de sus partes, cada cubano, sin importar posición social; para ello, y haciendo las cosas prácticas, les invito a observar el comportamiento cotidiano de la media de la población. Es importante retomar el papel del lenguaje, porque comunica la cultura y sucede algo peculiar: es cultura en sí mismo.

Nada en el lenguaje público refleja que, diez años después, los cubanos podamos ser considerados personas cultas. Las colas en los lugares de servicio, el comportamiento en los transportes públicos, los niños en las escuelas primarias, los adolescentes —dentro o fuera de la escuela—, todos los escenarios demuestran que la cultura, en el sentido occidental, no ha penetrado en la sociedad cubana y que sigue siendo lo de siempre: asunto de elites específicas, que tienen precisamente la profesión de ser cultos.

Debemos fijarnos aquí en la crisis del lenguaje en etapa tan crítica como la adolescencia, donde el empobrecimiento del lenguaje es altamente preocupante, porque muestra el bajo nivel de conocimientos generales y la falta de comunicación enriquecedora. La adolescencia necesita un tratamiento acorde con su rápida y difícil transición, y esto no se está produciendo en nuestras escuelas.

Lenguaje es, por otra parte, igual a comportamiento. Y los comportamientos sociales se apartan bastante de lo que se espera de una persona culta. La mala educación, que en Cuba llaman educación formal, es la mejor muestra de incultura: gritería, violencia en todas sus manifestaciones y uso común de palabras obscenas son las maneras más claras de ejemplificar la incultura general de la sociedad.

El uso y abuso de lo que la cultura considera palabras y frases obscenas es visto por una corriente lingüística como algo propio a la evolución natural: cada época tiene su lenguaje y los jóvenes son los portadores de estas novedades. Me llama la atención esta

tendencia, porque la obscenidad del lenguaje se relaciona con el pudor y la preocupación constante de las personas en sociedad por no mostrar las partes pudendas del cuerpo. La obscenidad tiene que ver con esto y nada más. Tendría que ocurrir una pareja evolución en el comportamiento corporal de las personas para que la nueva mentalidad en torno al lenguaje obsceno tenga coherencia y sentido. No puede esconderse el cuerpo al mismo tiempo que se consideran las referencias groseras a sus partes como algo propio de los cambios naturales del lenguaje. En este punto, la sociedad cubana no es propiamente culta, envejece aceleradamente y da lugar preeminente al lenguaje del “pasado”.

La disfuncionalidad familiar es otro aspecto que muestra la incultura social. Buena parte de las familias disfuncionales lo son por su incapacidad emocional para gestionar los conflictos dentro de la pareja y con los hijos, así como por la alta tasa de infidelidad conyugal. Quiero decir que entonces cultura no es solo la cantidad de libros que se leen, de matemáticas que se saben o de idiomas que se hablan. Ya este tipo de conocimiento está en plena crisis; sin embargo, la persona culta se determina también por cómo y qué hace la gente para relacionarse con los demás. Lo que comúnmente llamamos conducta civilizada y que en Cuba está bajo niveles mínimos.

Como criterio esencial, estamos obligados a considerar el papel y grado de violencia con el que se conduce una sociedad para determinar no solo el nivel de cultura, sino la cualidad de esa cultura. Sabido es que la violencia es ausencia de lenguaje. Y el lenguaje es el principal vehículo de la cultura y de la capacidad social para asimilar la cultura. La violencia es el modo de vida entre cubanos: violencia intrafamiliar, violencia en las escuelas y comunidades, violencia en los lugares públicos y violencia en la comunicación verbal. Sin contar la violencia psicológica y gestual, muy común entre personas con pocos recursos para arreglar sus diferencias. ¿Por qué se po-

tencian todas estas violencias? Por la violencia que proviene del Estado, espejo donde todos los subsistemas se miran. Por tanto, al analizar determinado hecho debemos hacerlo como parte de un todo y, si está a nuestro alcance, analizar ese todo en lo que nos concierne.

El lenguaje público del gobierno fortalece la violencia de la sociedad. Un lenguaje y comunicación de guerra, enemigos, muerte y tristeza aumentan, en el espejo, el valor de sus palabras y hace que se vea como natural la manera violenta en la que se comunican los ciudadanos. Por eso el lenguaje vulgar, justamente el lenguaje asociado con la incultura, ha adquirido carta de naturaleza en Cuba. En el mundo existen códigos digitalizados para filtrar la violencia del lenguaje que existe tanto en la televisión como en la música. En Cuba, desde el reguetón hasta el lenguaje político, la violencia atraviesa la palabra y los gestos.

Hay aquí una preocupación sociológica, porque esta violencia toca entonces a la marginalidad racial y a la incultura en contra de los intereses de la integración racial auténtica. La integración pasa también por la del lenguaje compartido. Desafortunadamente la incultura en estos diez años se ha incrementado en la medida en que el lenguaje de la marginalidad y de las prisiones se socializa y naturaliza. La coincidencia entre lenguaje violento y vulgar con la racialidad es un tema a enfocar desde la cultura y desde la predisposición psicológica para asimilar los temas de alta cultura.

Culto en Cuba significa saber y dominar la cultura de los otros, de los negros, de África. Desde la religión hasta la específica socialidad que esta genera forman parte de los contenidos obligatorios si es que los cubanos podemos llegar a ser un pueblo culto. Eso no forma parte del currículo de enseñanza. Ni el lugar de los negros en la historia cubana ni el de su tradición, religiosidad ni experiencia. La marginalidad de los otros pasa por la marginación de sus saberes en el sistema de valores que, real o supuestamente, inculca el sistema de enseñanza.

Esta marginación de la historia cultural de los otros fortalece la marginalidad del lenguaje y la violencia con la que estos otros tratan de afirmarse y auto reconocerse en la sociedad. Si esa historia y tradición no son asimiladas por esa alta cultura que define la cualidad de culta para una sociedad o nación, entonces se produce una retroalimentación de marginalidades en la que la extrañeza y el rechazo hacia una tradición reproduce, en el lenguaje y en los comportamientos, la marginalidad de buena parte de la sociedad.

¿Puede una sociedad así ser culta? Desde luego que no. Cuando en nuestras comunidades raciales asistimos constantemente a la violencia urbana, a la violencia gestual y de referencias, a la disfuncionalidad de las familias y a la ausencia de lenguaje apropiado para canalizar los conflictos y las diferencias al buscar satisfacción de necesidades e inquietudes, no podemos hablar de pueblo culto. Y eso compromete, en Cuba, a más de la mitad de la población.

Diez años después, nuestro país manifiesta un claro regreso a las cimas de la incultura, no solo y no tanto por la pobreza cultural, que se nota en el tercio ilustrado de la sociedad, sino por la profundidad de la violencia en los sectores marginales. En estos estratos sociales lo humano, lo terriblemente humano, se manifiesta al desnudo, por lo cual sirve para comprender no a estos estratos en sí mismos, sino desde ellos al resto de la sociedad y a la cultura como tal.

Que el caso histórico de La Habana se encuentre en medio de una de las zonas más marginales de la ciudad: la Habana Vieja, no es solo metáfora arquitectónica de las pretensiones culturales insatisfechas del país, sino la viva experiencia de comunicación espiritual entre la incultura de vitrina del poder y la incultura natural que se vive dentro de los sectores marginales de la sociedad: lenguaje y comportamiento de los de arriba y los de abajo se dan la mano, no tan extrañamente.